**Universidad Iberoamericana Puebla**

**Repositorio Institucional** **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Revista Magistralis Número 19

# La cantidad y la cifra. La literatura en Puebla, 1999-2000

Meneses, Alejandro

2015-03-12

http://hdl.handle.net/20.500.11777/513

*http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf*

*Magistralis*, no. 19, julio-diciembre, 2000

# LA CANTIDAD Y LA CIFRA. LA LITERATURA EN PUEBLA, 1999-2000

**Alejandro Meneses***

Veintitantos años atrás —propongo finales de los setenta— se podía contar con los dedos de las manos, y algunos de los pies, el número de escritores entonces jóvenes en Puebla. Se reunían en bares del centro de la ciudad y en un par de talleres ubicados en la Escuela de Letras y la Casa de la Cultura. En sus reuniones denostaban, no criticaban. Preferían pelear antes que platicar, manotear antes que quedarse callados. En sus tertulias se emborrachaban —única y venerable costumbre a la que permanecen fieles—; solían disentir, con bravura campirana, por el comentario más peregrino, inofensivo. Ante la falta de espacios, fundaban sus propias revistas que poco resistían la falta de recursos. Leían, robaban libros —de la librería o del librero del amigo—, volvían a emborracharse y, alguna de esas noches, escribían.

En el 2001, no hay dedos que alcancen para contarlos.

## ¿Dónde están los escritores?

Entre 1999 y el antipático y comercializado año 2000, la producción literaria en Puebla tuvo un buen momento: comparativamente, aparecieron más títulos que en otros años. La discusión sobre su calidad o sus méritos, sin embargo, brilló por su ausencia; pareciera que en Puebla el deporte del ninguneo literario sigue siendo más popular que la crítica. En descargo hay que añadir que, por lo general, las obras de los

* Escritor y editor.

autores locales permanecen en el misterio de la burocracia cultural o en el absurdo patético de las bodegas; sus libros reciben el desinteresado apoyo de la nula publicidad, son relegados al rincón más incómodo de la librería o, en el mejor de los casos, su distribución depende del número de ejemplares que el autor distribuya entre sus amigos. Hay más cuates que críticos literarios. Por supuesto, casi nadie se ocupa de "esos libros" en las pocas páginas que los medios impresos dedican al relleno cultural. La distribución es pésima, pero para los "otros" escritores —lectores inmediatos y obvios, enterados, aunque finjan que no saben que ya apareció el libro de fulano o zutano— simplemente no existe el libro del querido amigo o el ineficaz enemigo. No pretendo decir con esto que volquemos nuestra ocupada y cosmopolita atención en la poblanidad circundante y escribiente, pero el desdén mostrado entre nosotros tiene más de ignorancia que de suficiencia. Es una revancha fantasmal, pendeja y miedosa.

¿Cuántas veces hemos escuchado la queja de que en Puebla no hay espacios para la discusión literaria y artística en general? Cuando se abren esos espacios —hay que decirlo, está bien: más simbólicos que remunerados— los reclamantes regresan a su condición primigenia: ágrafos de profesión, críticos de cantina. Cuando se les pide, no digamos un ensayo, sino que escriban sus ideas sobre tal o cual tema, su respuesta es infalible: "Mejor te paso este poema" (que puede constar de tres líneas, incluyendo puntos suspensivos, o de diez cuartillas, contando epígrafes y dedicatorias) o, según el caso: "Me gustaría más enviarte un adelanto de mi próxima novela" (novela que ya consumió el dinero de una beca y no ha pasado del borrador); "Qué tal este cuento, pensaba mandarlo a un concurso pero... en el fondo no creo en los premios" (el cuento le ha costado una fortuna en correo y copias fotostáticas).

Es cierto: los medios no pagan o son el conducto para que nos mal paguen nuestros colegas. En este punto no es posible ignorar la costumbre mostrenca, provincianota, que tienen los medios poblanos —fríos o calientes, según la división de MacLuhan— de no pagar el trabajo de los artistas y los escritores que ilustran, publican o hablan en los espacios que, inanes, vegetan con el guango adjetivo de "culturales".

A pesar de esto, insisto: ¿dónde están los escritores, dónde sus opiniones escritas, dónde sus certezas y dudas, dónde sus disentimientos

o sus simpatías? Por cada cien poetas hay cincuenta cuentistas, diez novelistas y ningún crítico. Al parecer padecemos de un purismo ejemplar: eres poeta o narrador y, por tanto, nunca escribirás una reseña, una crónica o un ensayo. ¿De veras no hay ideas al respecto? ¿La poesía o la narrativa inhiben otro tipo de escritura, otro plano del pensamiento?, ¿nos escondemos en esos géneros tras nuestra bien maquillada incapacidad de manejar la prosa del ensayo, de la reseña, de la crítica?, ¿es puro y simple miedo a que quede al descubierto la chabacanería de nuestras opiniones al ser puestas por escrito?

Vayan estas preguntas —y las que se acumulen— como regalo de año nuevo para los escritores de la región.

## No todos los que son

*I*

El 2000 aparece en la página legal de más de una decena de libros de escritores poblanos (porque estoy hablando de escritores que *escriben en Puebla*, sólo por eso; hay quienes sostienen que no importa la biografía, sino que el texto se sostenga por sí mismo, sin tomar en cuenta gentilicios. No conozco a nadie que haya rebatido una sentencia del nunca bien ponderado señor Pero Grullo: es obvio que el texto debe bastarse y sostenerse sin otro apoyo que su propia estructura, su propio lenguaje; llevada al extremo idea tan chata, tendríamos el ingenuo afán de pugnar por una literatura sin autor: entre sus recursos definitivos no debería contar el nombre de quien escribió un libro en circunstancias y tiempo determinados —aunque la mayor parte de las veces el nombre del autor es lo que nos empuja a comprar un libro, ya sea porque hemos leído otros de sus títulos o porque nos lo recomendó una reseña o un amigo—. Por el contrario: a despecho de este puritanismo medio hipocritón —que quiere ver la literatura como la obra de un autor metafísico y eterno, no creado ni cognoscible— los lectores que consumen libros de anécdotas literarias, biografías de escritores y chismografía intelectual son legión. Vida y vericuetos de apellidos famosos en la literatura son tema obligado y sabroso de cualquier tertulia. De modo que nadie sienta rubor si lo incluyo entre los escritores poblanos por el misterioso hecho de que escriba o haya nacido en Puebla).

Hablamos del 2000, pero de cierta manera este año está comunicado —en cuanto a publicaciones— con 1999, sobre todo porque ese año la Universidad Autónoma de Puebla publicó más de un centenar de títulos (de disciplinas y calidades diferentes, a veces más con el afán de romper su propio récord); la "invendible" literatura se pertrecha en la colección Asteriscos: *Llámalo locura*, de Víctor Arellano, tiene un éxito poco común para un libro universitario, debido más que nada a la actividad de promoción del autor y a la frescura de sus irreverentes anécdotas. Humor agrio y desamparado es su divisa.

Por otro lado, solitario como cazagoles, también en 1999, aparece el libro de ensayos *La jaula invisible*, de Jesús Bonilla Fernández, en la ya poco frecuentada colección Meridiano de la UAP. Sin la cauta asepsia de la academia, Rimbaud, Chirico, Artaud y Michaux constituyen el menú de este libro que ocupa el único lugar en el casillero del ensayo literario escrito en Puebla ese año.

*En el país de la lluvia*, de Julio Eutiquio Sarabia, fue coeditado por el Fondo de Cultura Económica y la UAP. Sarabia afirma en este libro un lenguaje que ciñe la imaginación implacable de la infancia —lugares, épocas, personajes— a versos tensados por un ritmo que no avasalla la imagen ni desdibuja la melodía —la estructura del poema—, como debe ser el trabajo de un buen director de orquesta.

En cuanto a la novela, el experimento formal y lingüístico de Gerardo Oviedo titulado *Espejero* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 1999) propone una búsqueda de los mecanismos de la novela dentro de la novela: los personajes se buscan entre las páginas del libro donde la mitad superior es el reflejo —a veces distorsionado, a veces onírico, a veces brutalmente idéntico— de la mitad inferior, y viceversa: la nada; además, la doble superficie de la página se desdobla y se contrae para contar varias historias que pueden leerse como una sola.

El Ayuntamiento de Puebla publicó, por su parte, entre otros títulos, *La apariencia perpetua* (Colección Varia, núm. 2) de Efigenio Morales Castro. En este libro de cuentos, el autor conjuga la realidad tangible con el desasosiego de los sueños: irremediablemente, el mundo cotidiano caerá, con un movimiento casi imperceptible, en la esfera de las pesadillas; el acto más intrascendente puede hacer que el orden, la certeza reconfortante, pierdan sentido y el mundo se aleje hasta ser un

sitio lejano, irreal. Es una lástima, sin embargo, que las ediciones del Ayuntamiento estén tan mal hechas: no tienen los más elementales criterios tipográficos ni de diseño, necesitan urgentemente de un replanteamiento editorial.

En noviembre de 1999 aparece, con el sello editorial de Plaza y Valdés, *Una inmensa legión de fantasmas*, del escritor tlaxcalteca Efrén Minero. Entre la ironía y el juego —juego amargo pero siempre vital—, entre el rock y el comic, las historias de Minero se desarrollan con singular y cínica alegría; son la crónica del deterioro universal de las verdades a través de personajes desaforadamente posibles; sus miserias no provocan conmiseración, son el recurso a la mano para acceder al humor, la única salvación de toda alma sensata.

(Breve paréntesis: quiero dejar claro que este recuento no pretende ser una revisión exhaustiva y completísima de la literatura de nuestra región publicada entre 1999 y 2000: escribo de los libros que leí y cito los que me enteré de su aparición. Ninguna omisión — y ha de haberla— es deliberada.)

*II*

En el fin del siglo, por estos lares, la balanza parece hallar el centro, en cuanto al número de libros publicados por género se refiere, en la poesía. El gran ausente, como siempre, es el ensayo (sin considerar los trabajos académicos). La calidad de la poesía es más uniforme, la mayor parte de los poetas que publicaron un libro en el 2000 ya tenían una trayectoria, aunque para algunos haya sido el primero. Tal es el caso de *Blasfematorio*, de Gerardo Lino, publicado por la BUAP. Es difícil encontrarse con un primer libro que tenga una madurez innegable, clara; sus temas parecen haber sido seleccionados con minucia, incluso con cierta malicia, atraen; pero creo que el imán radica en su tratamiento, en las palabras que pregonan su sencillez, su humildad, pero que al ser ordenadas adquieren una estirpe original; intriga el mecanismo de *Blasfematorio* porque no sabemos dónde estuvo el truco, cómo fue que el poema se alzó con las ganancias de una sintaxis de apariencia dócil pero calculada, cómo fue que sus historias, sus reclamos, sus improperios, sus voces, se alejaron de la realidad con el sólo objeto de mejorarla, de pervertirla.

Enrique de Jesús Pimentel publicó ese año su tercer libro de poesía, *Criatura tú*, también editado por la UAP (Colección Asteriscos). Una sensualidad franciscana —por llamarla de alguna manera y que podemos encontrar en otros libros de Pimentel— recorre los poemas de este libro compacto: desde el primer momento sabemos que leemos con rumbo, que todo lo que está en él está porque sostiene la urdimbre de una reflexión que saborea la irreverencia, que plantea la lubricidad de todo signo espiritual; la acción o el pensamiento más aberrantes adquieren una solemnidad religiosa, en la certeza de los sentidos puede estar una revelación, una epifanía herética. *Criatura tú* ronda el pecado porque sólo dejándose llevar por esa tentación tendremos el gozo de acercarnos al amor y su espejo, el odio. Sólo así tendrá sentido la redención: convertir la lujuria en sitio de meditación, de oración, de silencio.

Otro poeta de esa generación —que se inicia a finales de los 70, literariamente hablando— es Roberto Martínez Garcilazo, que publica en la UAP (Colección Tercer Milenio, Letras Poblanas) su primer libro, *Lumbre obscura*. Poemas cortos de palabras cortas, sencillas como un clavo, pero que en su sencillez adquieren su calidad emblemática: corazón, árbol, nube, río, noche. La naturaleza, en la poesía de Garcilazo, se convierte en un paisaje interior, disyuntivo, acechante, algo que distorsiona lo que los humanos llamamos alma. En algún momento escribí que, dado el apellido del autor, resultaba paradójica la presencia en *Lumbre obscura* de un recurso quevediano por excelencia, el oxímoron, desde el título. Pero en este caso la figura literaria sólo es insinuada, como si quedara a medias un decir, un trozo de tiempo inconcluso; una idea que se resiste a ser terminada para no perder su misterio, una imagen que se despliega apenas como su propia sombra.

En *Del inútil combate*, Juan Jorge Ayala retoma su relación odio-amor con el mundo (ya presente en *Catálogo de criaturas licenciosas*, UAP, 1998), pero ahora por medio de un alejamiento irónico que deja una sensación de catástrofe en suspenso, como una eterna partida de ajedrez; asumir el derrumbe es la única posibilidad de la escritura. Nadie se salva en ese páramo del lenguaje que es la realidad. Ayala reconstruye ruinas sólo para destruirlas de otra manera y, así, apenas, vislumbrar la belleza. Frente a nosotros, sin que podamos hacer nada, el mundo envejece cada día.

*Aire corredor* (nunca entendí el porqué del título) es un libro colectivo donde participan cuatro poetas. Por orden de aparición: Enrique de Jesús Pimentel ("Alondra un día"), Miraceti Jiménez ("Cuerpo de cal"), Martín Sánchez Camargo ("En el jardín de la ruina") y Ricardo Muñoz ("Abril"). Publicado por la UNAM en su colección El Ala del Tigre —en una edición sobria, agradable a la vista y al tacto— y, según tengo entendido, promovido por la Secretaría de Cultura del Estado, es un libro necesariamente irregular. Fue mi primer encuentro con los dos últimos poetas que, sin duda, tienen oficio, aunque en el caso de Muñoz percibí cierta grandilocuencia comprimida en versos cortos. Los poemas de Sánchez Camargo también son contenidos pero de una manera silenciosa, buscan más el pensamiento que la emoción, las imágenes parecen salidas de la reflexión con el sólido afán de modificar el mundo externo. Pimentel —a diferencia de *Criatura tú*— hace un *tour de force* de versos largos, tersos y tensos, por sus conocidos espacios clericalmente mundanos, goliárdicos. Exigen atención y oído. Miraceti Jiménez, en este libro, me parece la voz más cercana a una poesía genésica, una poesía cercana a la oración —en su sentido religioso—, al conjuro; sobre todo en la sección "Recuerdos de Marías", que es una suerte de hagiografía personal, familiar, revisada sin tapujos pero con la certeza de que ahí se fortifican los misterios.

Leí tres libros de excelente presentación editados por la Secretaría de Cultura de Puebla (ya sabemos que al difunto Héctor Azar poco le importaba la calidad editorial de los libros que en su momento publicó la Secretaría de Cultura: eran honradamente espantosos). En este caso la colección Los Nuestros, Serie Linotipia (¿habrá otras series?), de la misma Secretaría, entrega tres títulos: *Timón de la mirada* de Mario Viveros; *Venimos desde lejos a enterrarnos*, de Gabriela León, y *Tiempo de agua*, de María Fernanda Álvarez. De entre ellos, sin duda, Viveros es el de mejor oficio; con *Dainzú* (UAP, 1998) había dado muestras de su búsqueda formal, dura —incluso llevada a la exasperación del poema como una distribución gráfica, sometida a la extensión de la página—; en este libro, sin embargo, gana el lirismo: a veces con fortuna, otras con mera simpatía. En los otros dos libros de la colección, las autoras apostaron más a la ocurrencia que a la poesía. Sus títulos, vagamente rulfianos, presagian algo: confunden la tensión, la

fuerza de la escritura, con el desliz, con poemas de pretensiones absolutas, ingenuamente amargos y cortos; escúchalos y quédate patidifuso: "Me cuentan como historia telepática/Soy colmillo de dragón/ merezco el silencio". O: "Cabalgan su dolor/y cruzan/a fuerza de cantos/la garganta de la noche" (Gabriela León, *Venimos desde lejos a enterrarnos*) ¿What? Otros: "Perdí la llave/en algún hueco./¿Entre tu sexo?" "¿Qué aleluya te salva del desgarro(*sic*)/tras un dios muerto que/se vuelca entre resabios/de esperanza y falsa fe?" (María Fernanda Álvarez, *Tiempo de agua*). En fin.

Entre los libros de poesía editados en el 2000 también contamos con *Desde el querida, evoco*, de Milenka, desconcertante libro de *pangramas* con una más desconcertante presentación de José Agustín. ¿Qué es un pangrama? Vedlo: "Jardinera jovial/junio, julio juguetearon jubilosas (*sic*)/, juntando, (*sic por la coma*) jitomates, jícamas, jazmines, jengibre./Justas jaculatorias justificaban juventud./Joya juiciosa,/jamás jugaremos juntas." ¿Quiobo?

*Monarquía poética*, a primera vista, parece el título de un abominable tomazo de poemas neoclásicos, declamatorios; sin embargo, resulta que su autor ¡tiene diez años! Sólo hago constar su publicación pues no pude conseguir un ejemplar: su autor es Betzhe Manuel Contreras y lo publicaron la Secretaría de Cultura, la BUAP y la editorial Morgan.

*III*

Pero volvamos a la realidad: vayamos a la prosa. Citemos, por ejemplo, el mundo desquiciado de *El maldito amor de mi abuelita*, primer libro de cuentos de José Sánchez Carbó editado por la UAP y LunArena en la colección Asteriscos. La ciudad, en el libro de Carbó, es un manicomio amplio, solvente, al aire libre. Los personajes *deambulan* por sus biografías con la seguridad de saberse solos, nadie los observa porque cada quien tiene su propio asunto que arreglar: declarar la guerra a las cucarachas, cuidar a una anciana siniestra, recordar viejos agravios mientras come tacos, prenderse fuego en una cantina con fines meramente didácticos, viajar en combi con caca de perro en la suela de los zapatos, cada quien su vida y los locos son los otros. Con una prosa de sencillez clorada, Carbó crea una realidad aborrecible dentro de la tal realidad políticamente correcta: la ciudad es diferente cada

vez que salimos a sus calles; todo ciudadano es un votante, pero también es un peligro inminente.

En otro registro, Jorge Arturo Abascal Andrade publicó *De Fátima y otros cuentos* (UAP-LunArena): un hombre enfrentado a la retórica contundente de una mujer, a veces fantasmal, a veces cabronamente cierta: la indefensión masculina ante los requerimientos casi metafísicos de Fátima (por algo ostenta una de las más populares advocaciones de la Virgen). La prosa de Abascal tiene como norte un ritmo y una intensión poeticos, no hay duda. Los constantes requerimientos de esa mujer que está y no está, que a cada momento reafirma su ser pero se aburre de ser, le dan al personaje una biografía vicaria, ausente, ajena. ¿Cómo reconocer su individualidad en ese espacio donde Fátima ha instalado su reino mayéutico de preguntas sin respuestas? Ella no necesita respuestas porque sabe que toda certeza conduce al infierno de otra pregunta, a otro problema. De cierto modo, los *Fragmentos...* están escritos desde el "lado femenino" de la realidad: lugar insondable, si los hay. Sólo una observación: el resto de las narraciones ejercen un peso que desequilibra la unidad del libro. Fátima se merecía, en todo caso, el uso pleno de sus páginas.

Con *Pisot. Los dígitos violentos*, Isaí Moreno Roque ganó el premio Juan Rulfo a primera novela convocado por el Instituto Tlaxcalteca de la Cultura. Matemático de profesión, Moreno Roque inserta tan inquietante disciplina en el ámbito casi olvidado de la Colonia. Curioso: poco después de leer *Pisot*, leí un par de cuentos de sendos amigos ubicados en tan rivapalaciesca época, aunque no reconozco ninguna influencia inmediata —en los tres textos— del autor de *Martín Garatuza*, o de Justo Sierra, o de Sigüenza y Góngora, vaya, ni siquiera de Heriberto Frías o Valle Arizpe. Si se prepara un *revival* colonialista, éste no está concertado. ¿Entonces? ¿Síntomas de milenarismo? ¿Regresar al pasado como único búnker confiable? *Pisot* nos recuerda, inevitablemente, *El perfume*, aunque los motivos de Moreno son diferentes a los de Süskind. La narración de los hechos, a veces, se alarga innecesariamente o se vuelve abstrusa por descripciones que no cuajan en el escenario que se ha creado; hay partes en que la prosa trastabilla con la sintaxis. Sin embargo, la historia se sostiene y, al final, es la mejor carta de esta novela. La incursión en la literatura desde una óptica apa-

rentemente impertinente, puede dar resultados híbridos pero, tal vez por lo mismo, no faltos de interés.

Pedro Ángel Palou García es un autor prolífico. No conozco la totalidad de sus títulos, pero entre ellos puedo citar *Música de adiós, En la alcoba de un mundo, Pequeño museo de la melancolía* y *Los placeres del dolor*. El año pasado publicó su novela *Paraíso clausurado* (Muchnick, 2000), además de un libro para niños. En *Paraíso clausurado* los personajes de Palou están obsesionados por la palabra, por algo irrepetible que los nombre, los justifique y les dé un lugar en el mundo. Tal vez por eso, en ocasiones, la trama se resuelve a golpe de verbo, de diálogos forzadamente literarios, de comentarios eruditos espolvoreados con cierta irreverencia que convierten a los personajes —apenas verosímiles— en una intención del lenguaje antes que instrumentos de una historia: si existe el alma, si existe la certeza de que algo ocurrió, debe encontrarse en las palabras. En *Paraíso clausurado*, creo, el crack hace *crack*. Sin olvidar que todo es lenguaje, los personajes—a veces axiales, a veces limítrofes— se reúnen en una biografía compartida: son sucedáneos, entre sí se complementan; se buscan en un espacio que recorren sin prisa; uno lleva al otro en su propio viaje: uno al exterior, donde existen las cosas y las ciudades añoradas, el otro a la humedad de la literatura y la erudición conservada en formol. A diferencia de sus compañeros de generación (desconozco por qué "del crack"), Palou no busca la anécdota sorprendente, la historia documentada y amena que después de leída nos deja el regusto de los finales de las telenovelas o las películas más comentadas. Lo suyo es el lenguaje.

Para finalizar este tramo, dejo constancia de otros libros de narrativa que aparecieron entre 1999 y el 2000 pero que —¡oh, libreros!, ¡oh, editores!, ¡oh, fervores!— nunca pude conseguir o leí en el límite de este recuento (en este sentido, agradezco la información proporcionada por Efigenio Morales Castro): del prolífico replicante Gerardo Porcayo: *Sombra sin tiempo* (cuentos, Lectorum, 1999), *Dolorosa* (novela, Times Editores, 1999) y *La piel del vacío* (cuentos, Col. Libros Goliardos, BUAP, IPN, UAT, Instituto de Cultura de la Ciudad de México —¡ufff!—, 2000). Fidel Jiménez —de quien hace algunos años apareció un libro de poesía en la BUAP— publica *En el país de las cosas cotidianas* (cuentos, Secretaría de Cultura Municipal, 1999); el Go-

bierno del Estado y la BUAP publicaron *Los falsos rumores* (1999) de Gastón García Cantú; a finales del 2000 aparece *Recuerdos de la posmodernidad*, libro de relatos de Humberto Sotelo. Mireya Villadeval, en *Susurros y demonios de una ciudad* (IIIer Milenio, BUAP, 1999) conjuga con eficacia la ficción y la crónica para capturar, en estas narraciones breves, ciertas imágenes de la ciudad de Puebla que poco a poco se desvanecen hasta convertirse en el aire de la nostalgia. Y, por fin, otro novísimo entre los nuevos, Diego Pedro Minero Arredondo (de diez años, hijo del escritor Efrén Minero) publica *Los cuentos del'atón* también en el 2000.

## Los editores

Sin lugar a dudas, la editorial más activa fue la de la BUAP que, para mayor eficiencia, debería uniformar sus colecciones literarias... para no hablar de la distribución. Le han funcionado coediciones con otras editoriales (FCE, Daga, Plaza yValdés, Verdehalago) ya que se apoyan en una distribución probada y en funciones, comercial. Las ferias del libro han sido exitosas, pero los libros de la BUAP —por lo menos los de literatura— siguen sin venderse. Absurdo que una universidad no tenga librerías ni un sistema de acercamiento a los lectores para promover sus ediciones. Una idea que también tuvo buenos resultados —llevada a cabo por Ricardo Escárcega— fue la de vender libros por kilo: sus bodegas adelgazaron considerablemente. Algunos gramos eran de literatura.

La Universidad Iberoamericana ha incrementado su producción editorial, pero poco hacia la literatura, salvo en coediciones con la misma BUAP, LunArena y el periódico *Síntesis*. Lo mismo: ¿dónde se consiguen sus libros?

Casi como únicas editoriales independientes, constantes, están LunArena —dirigida por Víctor Rojas y Miraceti Jiménez—, que publica poesía y narrativa, en comunidad con las universidades antes citadas o por la libre. Sus ediciones están cuidadas, son de buen ver, sus autores son interesantes, pero también tienen poca distribución. Y Ediciones Morgan, integrada por un consejo editorial de jóvenes, la mayoría estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP (César de la Cruz, Verónica Estay Stange, Mari Carmen Orea Rojas, Dalia

Patiño González Ericka Mejía Peniche e Iván Ruiz). Por cierto, a mediados del año pasado publicaron (en coedición con la BUAP) *Poesía brasileña. Siglo XX*, una antología donde se reúnen los nombres de Guilherme de Almeida, Jorge de Lima, Haroldo de Campos, Carlos Drumond de Andrade, Vinicius de Moraes, Joao Cabral de Melo Neto, entre los más conocidos. Las traducciones son de Bella Jozef y Miguel Ángel Flores. Es una edición bien hecha con un formato alargado, poco usual; los editores, al final, pusieron una suspicaz aclaración: "Esta antología se publica exclusivamente con fines didácticos." ¿Es de distribución gratuita?, ¿se necesita credencial de estudiante para obtenerla?, ¿sólo puede ser leída en un salón de clases bajo la supervisión de un maestro? Estas preguntas nos llevan a la siguiente —dirigida también a otras publicaciones y editoriales poblanas—: ¿qué pasa con los derechos de autor o de traducción?

Entre las revistas permanece *Crítica* como la de mayor prestigio, sobre todo porque, además del cuidado en su edición y su contenido, ha buscado salidas para su tiraje no sólo en México sino en el extranjero. Basta revisar el directorio de colaboradores y destinatarios para conocer su alcance. Pero, oh paradoja posmoderna, es muy poco conocida entre los mismos universitarios.

También de la UAP, pero dirigida a un público de la casa, para promover la lectura, está *Leer en bicicleta*, con un diseño atractivo a la vista pero un tanto incómodo para la lectura: parece que sus editores se propusieron hacer un póster. Revista cara pero gratuita.

Fiel a los puestos de periódicos del Zócalo, *Boulevard* merecería una distribución más amplia, para bien o para mal.

Aunque no es su primer interés, *In-tolerancia*, en cada número, reserva un espacio para la publicación de poemas, cuentos o fotografías de viejas encueradas. Podría ser un lugar propicio, natural, para publicar crónicas o reseñas, pero sus dueños son la política, los anuncios a todo color y el chisme.

*Ítaca* tiene una tradición soterrada: asoma la cabeza y luego la esconde. No por pudor sino por falta de recursos. Pero sus páginas siempre están dedicadas a la literatura, sabiendo que es un caso perdido. Es una revista temeraria que ha publicado su idea de literatura. No tiene patrones, en todo sentido.

Entre las revistas de ámbito académico, puedo citar *Magistralis*, de la Ibero, y *Escritos* (sobre todo su último número, dedicado a la literatura fantástica) del Centro de Ciencias del Lenguaje de la UAP.

El Ayuntamiento de Puebla ha publicado varios libros con buenas intenciones pero, como ya he dicho, de pésima factura —hablo en términos editoriales, no de contenido—. Entre ellos destaco *Los críticos y la crítica literaria en México*, que reúne ensayos de Alberto Paredes, Ignacio Trejo Fuentes, Armando Oviedo, Federico Patán y Evodio Escalante, entre otros. Los autores merecen mejor cuidado editorial.

Y hablando de crítica literaria, en 1999 aparece *Cuento y figura (La ficción en México)* publicado por la Universidad Autónoma de Tlaxcala en su Serie Destino Arbitrario, edición de Alfredo Pavón. En este libro se reúnen los ensayos presentados en el X Encuentro de Investigadores del Cuento Mexicano celebrado en Tlaxcala. Los colaboradores son de la más variada estirpe, entre ellos: Jaime Erasto Cortés, Evodio Escalante, Lauro Zavala, Vicente Francisco Torres, Joel Dávila (quien, por cierto, prepara la publicación de su investigación bibliohemerográfica sobre el cuento en Puebla, acompañada de una pequeña antología), Beatriz Espejo, Emmanuel Carballo, Angelina Muñiz-Huberman, Renato Prada Oropeza, Raúl Dorra, Orlando Ortiz...

La Secretaría de Cultura, en cuanto a sus ediciones, también se evapora en las librerías. En ella se preparan —según sé, si no, corríjanme— las *Obras completas* de Héctor Azar. No sabemos qué pasó con la revista *De*, sugestiva y bien hecha, casi de primer mundo (de no ser por la distribución).

## Los que no están

Hay más escritores de los que cito. Tal vez algunos publicaron un libro entre 1999 o 2000 que no registro porque no me enteré o no tuve un ejemplar de su obra en mis manos. Sin embargo, me atrevo a desglosar una especie de nómina de escritores que —aparte de los comentados y sin ningún orden— ejercen como tales. La mayor parte de ellos tienen obra publicada y libros en preparación o que están a punto de entrar a las prensas:

Raúl Dorra, Sebastián Gatti, Hugo Diego Blanco, Beatriz Meyer,

Juan Gerardo Sampedro, Miguel Campos, Amelia Domínguez, Gabriel Wolfson, Fritz Glockner, Victoria García, Margarita Peña (*La vampiresa de Dakota*, BUAP, 2000), Mario Calderón, Víctor Toledo, Moisés Ramos, Óscar López, Juan José Ortizgarcía, Juan Carlos Canales, Adolfo Durán, Mariano Morales, Víctor Rojas, Rodrigo Pardo Fernández, José Manuel Domínguez Bellizo; además, están los dramaturgos —que se cuecen aparte— Ricardo Pérez Quitt (*Historia del teatro en Puebla, siglos XVI-XX*, BUAP, 2000) y Alejandro Ferrero, quien obtuvo el segundo lugar en el Concurso Nacional de Dramaturgia de la SOGEM. Y hablando de la SOGEM de Puebla, sus talleres literarios, en primera instancia, significan lectores, gente que transcurre su vida por la ciudad y acude a las librerías, que escribe con incertidumbre pero que encontró —descubrió— que la escritura es una forma de pensar, de estar en el mundo, más segura que el mismísimo optimismo cornejiano. En este sentido, el Colegio de Lingüística y Literatura Hispanoamericanas de la BUAP —a pesar de él mismo y algunos de sus maestros—, sigue produciendo lectores y escritores. Otro tanto ha ocurrido, aunque más dirigidos a la academia, en la UDLA y la Universidad Iberoamericana plantel Golfo-Centro.

## Posdatas del siglo XXI

Ya lo dijo Pavese: no hay gran literatura que no sea provinciana. Y se refería a los escritores norteamericanos que, en los años veinte del siglo pasado, se fueron a París para escribir cual cosmopolitas bajados del cerro a tamborazos. Los personajes de Sherwood Anderson, o los de Steinbeck, o el Nick Adams de Hemingway, son tan provincianos como lo son, en cierta manera, los mundanos Jay Gatsby, Dick Diver o Monroe Stahr de Fitzgerald... para no hablar del rancherote Faulkner, uno de los escritores que —sin los malabarismos de Joyce ni el snobismo de los "transterrados" de la Generación Perdida— más influyeron en la literatura del siglo pasado, sobre todo en Latinoamérica. Lo dicho: se escribe en un lugar de La Mancha, en Yoknapatawpha o en Puebla. Los globalifílicos deben recordar que el hecho de viajar a París —*¡hélas!* — nunca quitará lo pendejo.

• Es falso que uno escribe "para que lo quieran más sus amigos",

como dijo en un arrebato de imperdonable cursilería García Márquez. El que escribe —actividad solitaria por excelencia— pretende llegar al espacio de lo público, ser leído por el *otro* —acto también solitario pero que conduce al ámbito de la discusión, de las afinidades y las desavenencias de la crítica—. A los escritores de Puebla, al parecer, ni sus amigos los quieren, o los quieren menos cada vez que publican un libro. En algunos casos es comprensible, pero la mayor parte de las veces esto significa que ni sus amigos los leen. La costumbre social de las presentaciones de libros es suficiente para dar por hecha la lectura del libro en cuestión. Lo importante es el vinillo de honor y la cháchara sabrosa, por supuesto y qué bueno. Pero el ejemplar que nos dedicó el amigo se pone por ahí, como al descuido, en alguna repisa de nuestros libreros. Y tal vez está bien, era su destino. La cosa es que nos ponemos a destrozar nombres que a su vez, en otra reunión social, destrozarán el nuestro. Y todo este prolijo sistema ocurre sin haber leído una línea del enemigo. Necesariamente exagero: es cierto.

• Los números de este recuento *indicarían* un auge de la literatura, escrita o editada en Puebla, de no ser por la ausencia de difusión, distribución, crítica, reseñistas, de espacios que no sólo celebren y publiquen literatura sino que también la paguen y, en fin, de lectores. Casi nada.

La caja de resonancia que conforman las publicaciones y los editores del DF sigue funcionando. Muchos de los escritores comentados en estas líneas han publicado en revistas, suplementos o sellos editoriales de la capital del país. Entonces ¿para qué publicar en Puebla?, ¿por qué no mejor buscar las ligas mayores, o las menores, del DF si aquí no tenemos ni para ligas? La respuesta se cae de sencilla: porque nadie desprecia la oportunidad de publicar un libro, aunque lo quieran menos sus amigos. Este inventario también demuestra, de cierto modo, que esa frase mamila, "el terror a la página en blanco", nunca ha asustado a nadie, a excepción de los *ídem*. En otras palabras: en Puebla se escribe, y mucho. Pero los lectores de esa producción parecen los invitados que nunca llegan; y los "críticos" son los parientes rencorosos que sólo abren la boca cuando pujan sabroso en el baño de la casa ajena. La opinión y la crítica *escritas* podrían marcar la diferencia entre la cantidad y la cifra real de estos escritores.